

Por el Dr. David Allen



ESCUDRIÑAD LAS ESCRITURAS

Sociedad Bíblica Trinitaria

ESCU德里ÑAD LAS ESCRITURAS

© 2019 Trinitarian Bible Society

Sermón predicado en la 188ª reunión anual de la Sociedad (2019)

Por el Dr. David Allen

Editado para su publicación

ESCUDEÑAD LAS ESCRITURAS

Por favor, vayamos juntos a la Palabra de Dios en Juan 5:39: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. El Señor Jesucristo había sanado a un paralítico—un discapacitado—en el estanque de Betesda, pero los judíos querían matarlo porque había sanado a este hombre en sábado. En la conversación que tuvo lugar a continuación, el Señor Jesucristo declaró ser absolutamente igual a Dios Padre. De hecho, entre los versículos 17 y 29 tenemos una de las porciones más profundas de las Sagradas Escrituras, en la cual el Señor Jesucristo hace varias declaraciones sorprendentes sobre Sí mismo y luego añade cuatro testigos a la validez de Sus declaraciones.

Como introducción mencionaré solo tres declaraciones de Jesús sobre Sí mismo

La **primera** declaración que hace está en el versículo 17: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”. En este versículo el Señor Jesucristo declara ser absolutamente igual a Dios Padre. Sus palabras no pueden malinterpretarse, ni se puede confundir la fuerza de lo que está diciendo. En esta declaración Cristo se pone al mismo nivel de Dios Padre, igual al Padre y eterno como el Padre. Sus acusadores entendieron por completo la fuerza de la declaración del Señor—que se estaba haciendo igual a Dios—y su ira se encendió contra Él inmediatamente: “los judíos procuraban aun más matarlo” (versículo 18).

La **segunda** declaración a la cuál quiero traer tu atención está en el versículo 19: “Respondió entonces Jesús, y les dijo: De

cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que hace, esto también hace el Hijo igualmente”. Esto puede compararse con el versículo 30: “No puedo hacer yo nada por mí mismo; como oigo, juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de mi Padre que me envió”. En estos versículos se entiende claramente que el Señor está diciendo que no puede actuar independientemente de la voluntad del Padre. La voluntad de Cristo es absolutamente una con la de Dios Padre. Su voluntad está en perfecta unión con la del Padre. En Juan 6:38 nuestro Señor dice: “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”, y en Juan 10:30 dice: “Yo y el Padre somos uno”. Su primera declaración registrada fue: “¿No sabíais que en los *negocios* de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49). Nuevamente, en el desierto dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra” (Juan 4:34). De esta manera, vemos que la voluntad de Cristo es una con la de Dios Padre en un sentido absoluto.

La **tercera** declaración de nuestro Señor a la cual quiero llamar tu atención está en Juan 5:21: “Porque como el Padre levanta a los muertos y *les* da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere”. En este versículo nuestro Señor declara que tiene soberanía divina. La curación de un paralítico era una demostración clara de Su poder y Su soberanía absoluta. El capítulo 5 comienza con el estanque de Betesda donde hay una gran multitud, pero el Señor solo sanó a uno. Él fijó Sus ojos en un solo hombre y sanó solo a ese hombre, señalando solo a ese hombre. Él sana a quien quiere.

Después de estas tres declaraciones en las que nuestro Salvador dice ser igual a Dios Padre, nos da cuatro testigos de esta igualdad. Él **declara** en el versículo 31: “Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero” (ver también 2ª de Corintios 13:1 y Deuteronomio 19:15). Él dio

testimonio de Sí mismo y ahora cita a otros que dan testimonio de Él. En primer lugar, habla de Dios Padre (versículo 37): “Y el que me envió, el Padre, él ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su parecer”. Dios Padre dio testimonio de Él. “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17).

El **segundo** testigo que cita es Juan el Bautista en Juan 5:33-35: “Vosotros enviasteis *mensajeros* a Juan, y *él* dio testimonio de la verdad. Pero yo no recibo testimonio de hombre *alguno*; mas digo esto, para que vosotros seáis salvos. Él era la antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un poco en su luz”.

Luego, trae un **tercer** testigo: los milagros que hizo. En el versículo 36 dice: “Mas yo tengo mayor testimonio que *el* de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado”. Los mismos milagros que había hecho daban testimonio de que fue enviado por Dios Padre. En efecto, Nicodemo tuvo que confesar: “Rabí, sabemos que has venido de Dios *como* maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no estuviera Dios con él” (Juan 3:2).

A pesar de las declaraciones extravagantes de muchas personas en nuestros días, no vemos esos milagros bíblicos. No vemos a los leprosos ser curados instantáneamente; no somos testigos de paralíticos y mancos siendo restaurados al instante; no vemos a los que son ciegos de nacimiento recibir la vista; no vemos a los muertos resucitar.

El **cuarto** testigo que cita son las Sagradas Escrituras (5:39): “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. Este último testigo es sin duda el de mayor

importancia. Juan el Bautista ha fallecido hace mucho tiempo. Los milagros de Cristo ya no están con nosotros. La voz del Padre ya no truenan desde los cielos. Pero las Escrituras permanecen y las Escrituras dan testimonio de Cristo. Las Sagradas Escrituras, dadas por Dios a través de la inspiración, son el tribunal de apelación definitivo. Por encima de ellas no existe una autoridad mayor; más allá de ellas no hay apelación alguna; además de ellas no hay testigo.

De esta manera, llegamos a nuestro texto en Juan 5:39. Señalaré tres puntos: en primer lugar, miraremos las Escrituras; en segundo lugar, escudriñaremos las Escrituras; y, por último, miraremos al Salvador en esas Escrituras.

MIRA LAS ESCRITURAS

Así que, en **primer** lugar, ‘Escudriñad las Escrituras’. El quinto propósito de la Sociedad Bíblica Trinitaria es ‘Defender la Biblia como la Palabra inspirada e infalible de Dios’. La Biblia no es un libro común. Las Escrituras son **inspiradas**.

El apóstol Pedro escribe en 2ª de Pedro 1:21: “Porque la profecía nunca fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. Mientras David, Moisés, Salomón, los profetas y los apóstoles tomaban sus plumas y comenzaban a escribir en los antiguos papiros, algo les sucedía. Pedro nos dice que eran inspirados por el Espíritu Santo: la tercera Persona de la bendita Santa Trinidad se apoderaba de estos hombres piadosos, los inspiraba, los llevaba y los conducía. La palabra griega usada para “inspirados” en 2ª de Pedro 1 es la misma que aparece en Hechos 27:15, que se traduce como ‘arrastrada’ refiriéndose a un barco cuando es llevado por el viento. Aquí, el apóstol Pablo está siendo arrastrado a Roma en ese velero que está atrapado en un gran ventarrón. El

capitán intenta detener el barco en el viento sin éxito. Reconoce que para salvar la nave y todos los que están en ella, tiene que dejar que la nave sea arrastrada por el viento en la dirección en la que el viento la lleve.

De manera similar, cuando el Espíritu Santo vino sobre esos hombres de Dios, se aferró a ellos, los movió y los condujo en la dirección en la que Él quería que fueran. De esta manera, el apóstol Pablo pudo decir en Timoteo (2ª de Timoteo 3:16) que toda Escritura—no algunas de ellas, no la mayoría de ellas: toda Escritura—es inspirada por Dios.

Sin embargo, esto no se refiere a un dictado mecánico. El Espíritu Santo llevó a estos hombres; los condujo y los movió de tal manera que usó sus dones intelectuales individuales y sus personalidades. Así que, por ejemplo, recibimos la mera sencillez del Evangelio según Marcos, la poesía maravillosa de los Salmos de David y la elocuencia majestuosa del apóstol Pablo: aun así, todas sus palabras son inspiradas.

Lo **segundo** que quiero decir sobre las Escrituras se trata de su **pureza**. Se nos dice en Tito 1:2 que Dios no puede mentir. Solo Dios es la Verdad, y no puede inspirar falsedad; Él no puede inspirar error, pues Dios es la Verdad.

El salmista escribió en el Salmo 12:6: “Las palabras de Jehová *son* palabras limpias, plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces”. La imagen que se nos presenta aquí es la de un platero que recibe mineral de una mina. Hace un horno de barro y pone un crisol de minerales en ese horno. El horno se calienta a 962 grados Celsius, una temperatura en la que la plata y el mineral se derriten. El platero toma ese crisol y se deshace de la escoria, luego vuelve a poner el crisol en el horno y lo vuelve a calentar. Esto se repite siete veces para que la plata que salga de allí sea la más pura, sin ningún rastro de metal común o escoria; es plata de plata.

Ahora bien, el salmista dice: “Las palabras de Jehová son palabras limpias, plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces”. Agur dice en Proverbios 30:5: “Toda palabra de Dios es pura;” no algunas de ellas, no la mayoría de ellas, sino cada palabra. Desde el “en el principio” de Génesis 1:1 hasta el último “amén” de Apocalipsis 22:21, cada palabra de Dios es pura. Por eso un hombre como William Tyndale no se atrevía a alterar una sílaba de la Palabra de Dios contra su conciencia.

Lo **tercero** que mencionaré sobre las Escrituras es su **preservación**. Habiendo leído los artículos de la fe de muchas sociedades cristianas (incluyendo el de muchas sociedades bíblicas) y muchas iglesias, me queda claro que no se aferran a esta doctrina vital. A menudo estas declaraciones de fe dicen algo como: ‘Creemos que las Escrituras como se recibieron originalmente son infalibles’. Eso suena bien; pero lo que quieren decir es que las únicas Escrituras que son puras son los manuscritos escritos con el puño y letra de Moisés, David, los profetas y los apóstoles—manuscritos que ya no tenemos. Sin embargo, lo que sí tenemos son copias meticulosas y certeras de esas autografías. Tanto la Confesión de fe de Westminster, la Confesión Bautista de 1689 como la Declaración de Savoy de 1659 están de acuerdo con la declaración de Westminster (1.8) en cuanto a las copias de los manuscritos originales que tenían disponibles.

El Antiguo Testamento en hebreo (que era el idioma nativo del antiguo pueblo de Dios) y el Nuevo Testamento en griego (el cual, en el tiempo en el que fue escrito, era el más conocido entre las naciones), **siendo inspirados inmediatamente de Dios, y mantenidos puros por Su cuidado singular y providencia en todas las edades, son pues auténticos.** (énfasis añadido)

Uno de los dones que el Señor prometió a Su iglesia fueron los escribas (Mateo 23:34): hombres que copiaran la Palabra de Dios de generación en generación meticulosa, cuidadosa y acertadamente. Piensa por un momento en Isaías 59:21: “Y este será mi pacto con ellos, dijo Jehová: El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo Jehová, desde ahora y para siempre”. En esta asombrosa declaración, Jehová mismo promete dos cosas. En **primer** lugar, promete que la iglesia siempre tendrá la presencia del Espíritu Santo; y en **segundo** lugar, que la iglesia siempre tendrá la Palabra pura del Dios viviente.

Piensa en la gloriosa conclusión del Salmo 100. El versículo 5 dice: “Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia, y su fidelidad por todas las generaciones”. Según una multitud de eruditos en el griego de nuestros días, la iglesia no tenía la Palabra de Dios pura del Nuevo Testamento durante gran parte de 1400 años. 35 generaciones de cristianos no tenían la Palabra de Dios hasta que el Códice Vaticano y el Códice Sinaítico—manuscritos escondidos por siglos—salieron a la luz. Los reformadores fueron despojados de la Palabra pura de Dios; los puritanos no tenían la Palabra pura de Dios; aquellos poderosos predicadores del siglo XVIII no tuvieron la Palabra pura de Dios. Incluso Charles Spurgeon no tenía la Palabra pura de Dios, según ellos.

Prefiero creer en mi Biblia, que habla acerca de “su fidelidad por todas las generaciones” (Salmos 100:5). Creemos que las Sagradas Escrituras han permanecido por todas las generaciones y que su verdad se encuentra en el texto masorético hebreo del Antiguo Testamento y el texto recibido griego del Nuevo Testamento—los cuales son la base de la versión Reina Valera en español, de la versión Autorizada

(King James) en inglés y de todas las grandes Biblias de la reforma de Europa que han estado disponibles para el pueblo de Dios por generaciones.

Así que, en primer lugar, tenemos las Escrituras: su inspiración, su pureza y su preservación.

ESCUDRIÑA LAS ESCRITURAS

En **segundo** lugar, tenemos el escudriñar. Considera que el Señor Jesucristo no dice que leamos las Escrituras, por más provechoso que esto sea. Tampoco nos dijo que nos aprendiéramos las Escrituras de memoria—lo cual es, de hecho, valioso, pero no fue lo que dijo. Dijo “Escudriñad las Escrituras”; escudriñad las Escrituras como buscan un tesoro escondido en la tierra, excavando con profundidad y discerniendo lo que está escondido en las profundidades. Estas cosas no están en la superficie para ser descubiertas por lectores ocasionales. Están escondidas muy profundo como un tesoro y solo son accesibles con la ayuda del Espíritu Santo.

Hay un problema gramatical con el verbo “escudriñar”, y permítanme dirigir a los que están interesados en el tema completo a leer el artículo de Larry Brigden en el *Quarterly Record* 619, página 12. La pregunta es esta: ¿Es el verbo “escudriñar” en el sentido indicativo—una declaración—o en el sentido imperativo—un mandamiento? La Nueva Versión Internacional lo traduce como: “ustedes estudian con diligencia las Escrituras”; la Nueva Traducción Viviente, la Palabra de Dios para Todos y la Biblia de las Américas también lo ponen como una declaración indicativa, y no como imperativo. Hombres como Erasmo, Matthew Poole, John Bengel, Philip Doddridge, William Hendrickson e incluso el Dr. John Gill piensan que el verbo está en el sentido indicativo, implicando que esto era algo que los judíos ya estaban haciendo.

Pero ¿no fue más bien un imperativo, un mandato? Hombres como Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino, el obispo Ryle y el obispo Wordsworth creían que era un mandamiento: “escudriñad las Escrituras”. Aquí está Cristo mandándoles a escudriñar las Escrituras. El sentido imperativo parece encajar mejor en el contexto. Si hubieran tenido el hábito de escudriñar las Escrituras diligentemente, como nos quieren hacer creer estas traducciones modernas, seguramente habrían descubierto que, al buscar, hallarían. Sin embargo, nuestro Señor acababa de decir en los versículos anteriores: “No tenéis su palabra permaneciendo en vosotros”. Creo que el sentido imperativo es más apropiado; es un mandamiento del Señor mismo a “escudriñar las Escrituras”.

El motivo de este escudriño de las Escrituras es el de concentrarnos completamente en la Palabra de Dios, escudriñando y examinando diligentemente cada expresión, rastreando cada versículo y cada palabra. Es como si el Señor les estuviera diciendo: “Vayan y escudriñen sus Escrituras del Antiguo Testamento; examínenlas, conózcanlas bien. Si hacen eso, pronto descubrirán que las Escrituras—esas mismas Escrituras del Antiguo Testamento—testifican de Mí. Si quieren conocer el testimonio que Dios Padre tiene de Mí, vayan y escudriñen sus propias Escrituras, pues estas son las Escrituras de verdad.

Así que, en primer lugar, las Escrituras, en segundo lugar, escudriñar y, en tercer lugar, el Salvador.

EL SALVADOR EN LAS ESCRITURAS

Desde luego, los judíos tenían una perspectiva muy alta de las Sagradas Escrituras. El apóstol Pablo dice que a los judíos ‘las palabras de Dios les han sido confiadas’ (Romanos 3:2).

Conocían la letra de la Ley, tanto así que los escribas contaban el número de cada letra hebrea en el Antiguo Testamento y sabían cuántas *alefs* había (42.377), cuántas *betas* (38.218). Sabían que las palabras de Dios les habían sido confiadas. Pensaban que su conocimiento de las Escrituras podía darles la vida eterna por sí solo. Pero era una letra muerta para ellos. Nuestro Señor señaló que los judíos creían que tenían vida eterna en las Escrituras, pero que esas mismas Escrituras “son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

Solo tener las Escrituras no da la vida eterna, pero sí muestran el camino a la vida eterna. Las Escrituras del Antiguo Testamento nos cuentan de nuestro Señor como el que entregaría Su vida por pecadores perdidos, como el único Mediador entre Dios y los hombres, como el único a través del cual se puede acceder al Padre. Hablan de Sus maravillosas perfecciones, Sus diferentes oficios, la suficiencia de Su obra terminada. Sin las Escrituras Él no puede ser conocido, y solo en ellas Él es revelado. Es Jesucristo quien es la llave que abre las Escrituras.

Considera la profecía por un momento. Génesis 3:15 nos informa que Él será la semilla de la mujer—no la semilla de un hombre, sino de una mujer. Isaías nos enseña que la madre del gran Emanuel sería una virgen y que el Niño que nacería es el Hijo entregado, cuyo nombre es Maravilloso, Consejero, Todopoderoso, Padre eterno, Príncipe de paz. Las Escrituras del Antiguo Testamento hablan de Sem (Génesis 9:26-27), luego de Abraham (Génesis 12:3), luego Isaac al ser distinguido de Ismael (Génesis 17:20-21), y luego Jacob, y de entre los hijos de Jacob la tribu de Judá, de la cual saldrá Siloh, al cual se congregarán las naciones (Génesis 49:10). Pero las Escrituras son aún más precisas: el hijo de Isaí y de David será el gran Rey y Redentor prometido. Puede que pensemos, al igual que estos hombres del Este, que Jerusalén será el lugar de Su nacimiento. Pero Miqueas dice que no es

así, y señala a Belén Efrata (Miqueas 5:29). Oseas también nos dice que Él será sacado de Egipto (Oseas 11:1). Malaquías e Isaías nos revelan que durante Su venida habrá una voz de uno que clama en el desierto para que se enderece la calzada en la soledad para nuestro Dios (Isaías 40:3-4; Malaquías 3:1). Este Dios-hombre vendrá como un pastor (Isaías 40:10-11; Ezequiel 34:23). No clamará ni alzará Su voz, sino que abrirá los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos calladamente (Isaías 35:6; 42:7). Predicará buenas nuevas a los abatidos y libertad a los cautivos (Isaías 61:1). Pero será despreciado y desechado entre los hombres (Isaías 53:3). Esta Persona será el Rey de Jerusalén, pero vendrá humildemente, no con poder militar, sino con salvación (Zacarías 9:9). Su amigo de confianza levantará su calcañar contra Él y por solo treinta piezas de plata (Salmos 41:9; Zacarías 11:12). Será golpeado y sufrirá (Zacarías 13:7; Salmos 22:14, 12; Salmos 34:10).

El Señor Jesucristo nos manda a escudriñar las Escrituras. No debemos conformarnos con una lectura superficial de ellas, ni con solo un conocimiento intelectual de las Escrituras. Necesitamos buscar la ayuda del Espíritu Santo para que abra los ojos de nuestro entendimiento y nos muestre las maravillas de Su Ley. El mandamiento era para los judíos, para ti y para mí: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Señalan a Jesús.

APLICACIÓN

Como aplicación, permíteme explicar tres puntos. En primer lugar, me he dado cuenta de que, especialmente en los últimos cinco años, existe una tendencia cada vez mayor en las iglesias reformadas de predicar sermones solo en el Antiguo Testamento sin mencionar al Señor Jesucristo ni una sola vez.

Sermones como esos serían bien recibidos en una sinagoga judía, ¡pero nunca deberían tolerarse en la Iglesia! A veces miro mi reloj y me fijo en cuánto tiempo pasa hasta que el predicador mencione el nombre de Jesucristo. Tristemente, hay ocasiones en las que escucho el sermón hasta el final, y ni una sola vez se menciona mi Salvador.

Considera el viaje en el camino a Emaús. Leemos: “Y comenzando desde Moisés, y desde todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que *decían* acerca de él” (Lucas 24:27). Desde una página tras la otra del Antiguo Testamento, nuestro Señor les expone las cosas que hablan acerca de Él. Luego, cuando se encuentra con Sus discípulos, reitera esto: “que era necesario que se cumplieran todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos” (v. 44). Abrió sus mentes para que entendieran lo que las Escrituras del Antiguo Testamento decían sobre Él. Si no ves a Cristo en el Antiguo Testamento, no estás entendiendo las Escrituras en absoluto.

Si piensas que solo era con los discípulos judíos, piensa en el eunuco de Etiopía. Tenía en sus manos los pergaminos del Antiguo Testamento abiertos en Isaías 53, y pregunta a Felipe “¿De quién dice el profeta esto? ¿De sí mismo o de algún otro?” (Hechos 8:34). En respuesta: “Felipe, abriendo su boca y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús” (v. 35).

Cuando el apóstol Pablo invitó a los judíos a la casa que servía como su cárcel en Roma, leemos que “les declaraba y les testificaba el reino de Dios, persuadiéndolos de lo concerniente a Jesús, por la ley de Moisés y por los profetas, desde la mañana hasta la tarde” (Hechos 28:23).

Queridos predicadores amigos míos, tengamos esa persistencia del apóstol Pablo, que cuando fue a Corinto se

propuso no saber cosa alguna “sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1ª de Corintios 2:2). Prediquemos las riquezas inescrutables de Cristo. Esos sermones que has preparado que nunca mencionan a Cristo: échalos en el fuego. Busca la ayuda del Espíritu Santo para que prediques a Jesucristo.

Ahora bien, un punto de aplicación para los creyentes, especialmente los que tienen que soportar una predicación sin Cristo: ya no lo tolere. Haz como los griegos que fueron a Felipe deseando: “Señor, queremos ver a Jesús” (Juan 12:21). Los creyentes que enfrentan todas las pruebas y las tribulaciones de la vida, que tienen que soportar el odio blasfemo de esta generación impía en el trabajo: necesitan aprender de Jesucristo que, “él mismo padeció siendo tentado”, y “es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

Ahora, un punto final de aplicación para la Sociedad Bíblica Trinitaria. Fui convertido en 1968—hace cincuenta y un años. Antes de mi conversión nunca había puesto un pie en un lugar de adoración. El 17 de diciembre de 1965, alguien puso una Biblia en mis manos, y doy gracias a Dios que fue una Versión Autorizada (King James) de la Biblia. Me retaron a leer la Biblia, así que comencé por primera vez en mi vida a leer la Palabra de Dios. Día tras día estaba leyendo la Palabra de Dios; y un día, en abril de 1968, fui convencido de mi pecado y de mi necesidad del Salvador. No había ido a una iglesia en esos tres años; esa convicción vino a través de la lectura de la Palabra de Dios aplicada por el Espíritu Santo. Entonces, busqué una iglesia donde la Palabra de Dios se predicaba fielmente, y finalmente encontré una que creía y enseñaba la Palabra de Dios. Fueron ellos los que me presentaron el trabajo de la Sociedad Bíblica Trinitaria.

He apoyado a la SBT por los últimos cincuenta y un años, y creo con todo mi corazón que cada iglesia evangélica en todo

el mundo debería apoyar a la Sociedad Bíblica Trinitaria en oración y en la práctica. Aunque nos anima ver el número de personas reunidas aquí en este día, este edificio debería estar abarrotado hasta más no poder con personas apoyando la obra de la Sociedad Bíblica Trinitaria. ¿Por qué hay tan poco interés entre las iglesias cristianas de nuestras naciones en cuanto a la obra de la Sociedad Bíblica Trinitaria?

En el reverso del informe anual y en cada publicación del *Quarterly Record* y en la mayoría de nuestros artículos verás los seis objetivos de la Sociedad Bíblica Trinitaria. El tercer objetivo es: “Contribuir a llevar luz y vida, a través del Evangelio de Cristo, a aquellos que están perdidos en el pecado y en la oscuridad de la falsa religión y la incredulidad”. El cuarto objetivo es: “Defender las doctrinas del cristianismo reformado, dando testimonio de la divinidad igual y eterna de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, un solo Dios en tres Personas”. Estos dos objetivos son la razón por la cual defendemos inflexiblemente la versión Reina Valera y los manuscritos griegos y hebreos en los que se basa. Las Biblias modernas en español y la mayoría de las Biblias en otros idiomas de los pasados cien y más años son deficientes en la doctrina de la divinidad y la deidad de Cristo. Las enseñanzas de 1ª de Timoteo 3:16: “Dios fue manifestado en carne”, y Apocalipsis 22:13: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” han sido cambiadas o están ausentes de muchas Biblias modernas. Los animo a conseguir una copia de folleto denominado *La llave textual al Nuevo Testamento*, que enumera más de seiscientas modificaciones.

Tomamos una posición inflexible porque creemos que estas versiones modernas son defectuosas, especialmente en lo que respecta a la doctrina de la Persona y la obra del Señor Jesucristo y de la Trinidad. Es absolutamente necesario que esta Sociedad siga conteniendo ardientemente por la fe que de una vez para siempre ha sido dada a los santos. Es vital y

necesario en estos días oscuros y terribles de apostasía que esta Sociedad defienda los textos en los que se basa la versión Reina Valera y que exponga los errores de las versiones modernas. Pero no debemos perder de vista el tercer objetivo de la Sociedad: “Contribuir a llevar luz y vida, a través del Evangelio de Cristo, a aquellos que están perdidos en el pecado y en la oscuridad de la falsa religión y la incredulidad”.

Mientras concluyo, consideremos al Señor Jesucristo:

- señalado entre diez mil
- todo él codiciable
- la estrella resplandeciente y de la mañana
- el Alfa y la Omega
- [el único] mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre
- el camino, y la verdad, y la vida
- [aquel en quien] agradó al Padre que en él habitara toda plenitud
- el resplandor de su gloria
- la imagen misma de su sustancia.

Que Jesucristo tenga la preeminencia y que sea el todo en todo. Que nos determinemos como Sociedad a que Jesucristo sea el centro y la circunferencia de todas y cada una de las actividades en las cuales se involucra esta Sociedad. Nuestro Señor nos manda: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Amén.

Para más artículos visite nuestro sitio web en español
www.SociedadBiblicaTrinitaria.org